LIBROdot.com

Ambrose Bierce

LA VENTANA ENTABLADA

Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

En 1830, hasta sólo unos kilómetros de lo que es ahora la importante ciudad de Cincinnati, había un bosque inmenso y casi continuo. Toda la región estaba poblada, escasamente, por gentes de la frontera: almas inquietas que tan pronto habían levantado con leños del bosque casas bastante habitables y alcanzado ese grado de prosperidad que hoy llamaríamos indigencia, impelidas por algún impulso misterioso de su naturaleza lo abandonaban todo y seguían avanzando hacia el oeste para enfrentarse a nuevos peligros y privaciones en el intento de recuperar las escasas comodidades a las que habían renunciado voluntariamente. Muchos de ellos habían abandonado ya esa región buscando asentamientos mas remotos, pero entre los que quedaban estaba uno de los que fueron primeros en llegar. Vivía solo en una cabaña de leños rodeado por todas partes por el gran bosque, de cuyo silencio y tinieblas parecía formar parte, pues nadie sabía que hubiera sonreído nunca ni hubiera pronunciado una palabra innecesaria. Sus necesidades simples las obtenía mediante la venta o trueque de pieles de animales salvajes en la ciudad del río, pues no crecía nada en aquella tierra que, si hubiera sido necesario, habría reivindicado por un derecho de propiedad indisputable. Sí había algunas pruebas de «mejoras»: unos cuantos acres de tierra situados inmediatamente al lado de la casa habían sido talados en otro tiempo, y los tocones podridos se encontraban medio ocultos por los árboles nuevos a los que se les había permitido reparar la desolación producida con el hacha. Evidentemente, el deseo agrícola de aquel hombre había ardido con una llama vacilante y expiró entre cenizas penitenciales.

La pequeña cabaña de leños, con la chimenea de palos, el techo de tableros combados que se mantenían en su sitio gracias a unos palos atravesados, con las grietas tapadas con arcilla, sólo tenía una puerta y, directamente en la pared de enfrente, una ventana. Sin embargo esta última estaba tapada con tablones, sin que nadie se acordara del tiempo en que no fue así. Nadie sabía tampoco por qué estaba tan cerrada; ciertamente no porque a su ocupante le desagradara la luz y el aire, pues en las raras ocasiones en que un cazador

había pasado por aquel solitario lugar, normalmente había visto al propietario tomando el sol en los escalones de entrada, si el cielo había tenido a bien satisfacer sus necesidades de luz solar. Creo que hoy viven pocas personas que hayan conocido el secreto de esa ventana, pero como verá el lector, yo soy una de ellas.

Se decía que aquel hombre se llamaba Murlock. Parecía tener unos setenta años, aunque en realidad sólo eran cincuenta. Algo más que el paso del tiempo había colaborado en su envejecimiento. Su cabello y su barba larga *y* tupida eran blancos; los ojos, grises *y* carentes de brillo, estaban hundidos; el rostro parecía singularmente cosido por arrugas que daban la impresión de pertenecer a dos sistemas en intersección. Su figura era alta y enjuta, con cierta inclinación de hombros: la de un porteador de cargas. Nunca le vi; estas noticias las supe por mi abuelo, a quien debo también la historia de aquel hombre, que me contó cuando yo era un muchacho. Le había conocido en aquellos tiempos lejanos porque vivía cerca de él.

Un día encontraron muerto a Murlock en su cabaña. No eran tiempos ni lugares para jueces y periódicos, por lo que supongo que se acordó que había muerto por causa natural, pues si no hubiera sido así se habría comentado y yo lo recordaría. Sólo sé que con cierto sentimiento de lo que es apropiado enterraron el cadáver cerca de la cabaña, junto a la tumba de su esposa, que le había precedido hacía ya tantos años que en la tradición local apenas se había conservado algún indicio de su existencia. Con eso se cierra el último capítulo de esta historia auténtica: salvo, ciertamente, la circunstancia de que muchos años después, en compañía de otro espíritu igualmente intrépido, penetré en la región y llegué a aventurarme lo bastante cerca de la cabaña en ruinas para arrojar una piedra contra ella y escapar corriendo para evitar al fantasma que, como sabían todos los muchachos bien informados de los alrededores, habitaba en aquel lugar. Pero hay un capítulo anterior que me proporcionó mi abuelo.

Cuando Murlock construyó la cabaña y empezó a trabajar con el hacha para crear una granja-entre tanto el rifle era su medio de apoyo-, era joven, fuerte y lleno de esperanzas. En el condado más oriental de donde procedía se había casado, tal como era habitual, con una mujer joven que en todos los aspectos era merecedora de su honesta devoción, pues compartió los peligros y las privaciones del destino de Murlock con voluntarioso espíritu y corazón alegre. En ninguna parte está anotado el nombre de ella; de los encantos de su mente y su persona la tradición guarda silencio, y el que dude está en libertad para mantener sus dudas, ¡pero Dios me prohibiría que yo las compartiera! Cada día que vivió como viudo sirve de prueba del afecto y la felicidad que les unía, ¿pues qué otra cosa, sino el magnetismo de un recuerdo bendito, podría haber encadenado a un destino semejante a un espíritu aventurero como aquél?

Un día, cuando Murlock regresaba de cazar en una zona distante del bosque, encontró a su esposa postrada por la fiebre y delirando. No había médico a muchos kilómetros, ni vecino alguno; tampoco se encontraba ella en unas condiciones que permitieran dejarla sola para ir a buscar ayuda. Así que se dispuso a alimentarla para que recuperara la salud, pero al final del tercer día ella quedó inconsciente y después murió, sin que por lo visto volviera a recuperar la razón.

Por lo que sabemos de una naturaleza como la de Murlock, podemos atrevernos a esbozar algunos detalles del cuadro perfilado por mi abuelo. Cuando se convenció de que estaba muerta, Murlock tenía todavía el suficiente sentido como para recordar que a los muertos hay que prepararlos para el enterramiento. En la ejecución de ese deber sagrado

tropezó de vez en cuando, realizó algunas cosas incorrectamente, y otras, que hizo correctamente, las repitió una y otra vez. Sus ocasionales fracasos en el intento de ejecutar un acto simple y ordinario le llenaron de asombro, como el de un hombre embriagado que se sorprende de la suspensión de las leyes naturales familiares. También él se sorprendió de no llorar: se sintió sorprendido y un poco avergonzado; seguramente es poco amable no llorar por los muertos.

-Mañana tendré que hacer el ataúd y cavar la tumba -dijo en voz alta-. Entonces la echaré de menos, cuando ya no pueda verla nunca, pero ahora... está muerta, claro que sí, pero todo está bien... *Debe* estar todo bien, de alguna manera. Las cosas no pueden ser tan malas como parecen.

Permaneció en pie junto al cadáver bajo la luz menguante, arreglándole el pelo y dando los últimos toques a ese simple aseo, haciéndolo todo mecánicamente, sin poner el alma en ello. Pero por su conciencia transitaba una corriente subterránea de convicción de que todo estaba bien; de que volvería a tenerla como antes, y todo quedaría explicado. No tenía experiencia en la pena; el uso no había hecho crecer su capacidad a ese respecto. Su corazón no podía contenerlo todo, ni su imaginación concebirlo correctamente. No sabía que había sido golpeado duramente; ese conocimiento vendría más tarde, para no irse nunca. La pena es una artista de facultades tan variadas como los instrumentos con los que toca sus endechas funerarias, evocando en algunos las notas más agudas, en otros los acordes bajos y graves que palpitan recurrentemente, como el batir lento de un tambor distante. Sobresalta a algunas naturalezas; adormece a otras. Para algunos es como el golpe de una flecha que abre la sensibilidad a lo fúnebre de la vida; para otros como un mazazo que al golpear adormece. Podemos entender que Murlock se hubiera visto afectado de esa manera, pues en cuanto hubo terminado su piadoso trabajo (y aquí nos movemos en campos más seguros que el de la simple conjetura), dejándose caer en una silla al lado de la mesa sobre la que estaba el cuerpo, y observando lo blanco que era el perfil del cadáver en la creciente oscuridad, apoyó los brazos en el borde de la mesa y dejó caer el rostro sobre ellos, todavía sin lágrimas, pero indeciblemente fatigado. ¡En ese momento entró por la ventana abierta un sonido prolongado y gimiente, como el llanto de un niño perdido en las profundidades de un bosque oscuro! Pero no se movió. Otra vez, aunque más cerca que antes, sonó en sus sentidos ese grito ultraterreno. Quizás fuera un animal salvaje; o quizás un sueño: pues Murlock estaba dormido.

Unas horas más tarde, como se supo después, aquel vigilante poco cumplidor despertó, levantó la cabeza que tenía apoyada en los brazos y escuchó atentamente, aunque no sabía qué. En la negra oscuridad, al lado del cadáver, recordándolo todo sin sobresaltarse, forzó sus ojos para ver, pero no sabía qué. Todos sus sentidos estaban alerta, la respiración suspendida, la sangre había aquietado su movimiento como para ayudar al silencio. ¿Quién, qué le había despertado, y dónde estaba?

De pronto la mesa se agitó bajo sus brazos, y en ese momento oyó, o creyó oír, un paso ligero y suave... y otro más... ¡sonaba como si unos pies descalzos caminaran sobre el suelo!

Estaba tan aterrado que no podía gritar ni moverse. Se vio obligado a esperar, a esperar allí en la oscuridad durante lo que le parecieron siglos, conociendo el máximo terror que un hombre puede conocer, y vivir para contarlo. Intentó vanamente pronunciar el nombre de su esposa muerta, estirar vanamente su mano a través de la mesa para saber si ella estaba allí. Pero su garganta se había quedado impotente *y* sus brazos *y* manos le pesaban

como si fueran de plomo. Sucedió entonces algo aterrador. Un cuerpo pesado debió lanzarse contra la mesa con tal impulso que la levantó contra el pecho del hombre y llegó casi a derribarle, y en ese mismo instante *oyó y* sintió la caída de algo en el suelo con un golpetazo tan violento que el impacto sacudió la casa entera. Se produjo después una refriega y una confusión de sonidos imposible de describir. Murlock se había puesto en pie. Por el exceso de miedo, había perdido el control de sus facultades. Lanzó las manos sobre la mesa y no encontró nada allí.

Hay un punto en el que el terror puede convertirse en locura; y la locura incita a la acción. Sin ninguna intención definida, sin más motivo que el impulso inexplicable de un loco, Murlock saltó hacia la pared, tanteando un poco cogió el rifle cargado y disparó sin apuntar. Cuando el destello iluminó vivamente la habitación, vio una pantera enorme que arrastraba a la mujer muerta hacia la ventana, con los colmillos clavados en su garganta. Se produjo entonces una oscuridad mayor todavía que la anterior, y silencio; cuando recuperó la conciencia el sol estaba alto y en el bosque se escuchaba el canto de los pájaros.

El cadáver yacía cerca de la ventana, donde lo había dejado la pantera cuando se asustó por el destello y el sonido del rifle. Tenía las ropas arrancadas, los largos cabellos en desorden, los miembros extendidos de cualquier manera. De la garganta, terriblemente herida, había brotado un chorro de sangre que formó un charco que todavía no había terminado de coagularse. La cinta con la que él le había atado las muñecas estaba rota; las manos, apretadas. Entre los dientes tenía un fragmento de la oreja del animal.